

**Stefania Tarantino**

Università degli Studi di Napoli  
«L'Orientale»  
info@stefaniatarantino.it

*Repensar el nexo entre «persona» y «democracia». Olas de pensamiento vital para una nueva historia*  
*Rethinking the link between “the person” and “democracy”. Waves of vital thought for a new history.*

**Resumen****Abstract**

Recepción: 11 de septiembre de 2018  
Aceptación: 22 de octubre de 2018

*Aurora* n.º 20, 2019, págs. 124-132

*Persona y democracia* es un libro central en el recorrido del pensamiento de María Zambrano. Y lo es incluso para nuestro presente. En este texto, de hecho, se ilustran las coordenadas de lo que la pensadora entiende como conciencia histórica, responsabilidad moral, memoria, libertad y ética; palabras que forman parte de la constelación que mantiene unidas las nociones de «persona» y «democracia». La intencionalidad argumentativa de la obra tiene como fondo la necesidad de fuga de la espiral del sacrificio que caracteriza la historia en sus albores, para inaugurar una historia vivida en modo ético; esto requiere la realización de una política y de una historia desasidas de una voluntad entendida como dominio, y de una idea de persona desvinculada de cualquier pretensión absoluta, cuya referencia es su idea de fondo de la historia como «revelación progresiva de lo humano» y la apertura de «vías» que, en el transcurso del tiempo, han extendido el horizonte de las posibilidades humanas, fruto de aquellos «instantes de iluminación» que han alimentado y alimentan todavía la esperanza en el futuro.

*Persona y democracia* is a central work in the development of María Zambrano's thinking, and it remains so in our times. Indeed, we find in this text the very coordinates of what she means by historical consciousness, moral responsibility, memory, freedom, and ethics: words that form part of the constellation connecting the concepts of the person and democracy. Her argument is based on the need to move away from the spiral of sacrifice that has characterized human history since its beginnings, in order to embark on an ethically-inspired way of living through the realization of a policy and a history cleansed of the will-to-power, and of an idea of the person free from notions of absolutism. This is evident in her fundamental vision of history as a progressive revelation of what “human” means, and as the opening of channels that over the course of time are able to widen the horizons of human possibilities, born of those “moments of illumination” that nourished hope in times past and will do so in the future.

**Palabras clave****Keywords**

Persona, democracia, libertad, movimiento, ética, política

Person, democracy, freedom, motion, ethics, policy

Considero *Persona y democracia* un libro central en el recorrido del pensamiento de María Zambrano. Y lo considero también un libro premonitorio y más que nunca útil para nuestro presente, hasta el punto de juzgar deseable su inclusión entre los pilares político-culturales de la Europa actual. En este texto, de hecho, se ilustran las coordenadas de lo que la pensadora entiende como conciencia histórica, responsabilidad moral, memoria, libertad y ética; palabras que forman parte de la constelación que mantiene unidas «persona» y «democracia». Aquí se ilustra también el itinerario filosófico que remite a una filosofía de la aurora, metáfora de lo que se anuncia y de lo que abre nuevos horizontes a la vida humana. Escrito en 1958, *Persona y democracia* es el libro que indaga los resultados trágico-políticos de la historia humana y que llama nuestra atención sobre la «represión» de nuestras más antiguas raíces espirituales. Su intencionalidad argumentativa tiene como fondo la necesidad de hacer salir de la espiral del sacrificio que caracteriza la historia desde sus albores, para inaugurar una historia vivida de un modo ético a través de una política y de una historia desvinculadas de una voluntad de poder entendida como dominio y de una idea de persona desasida de la tradición teológico-política. Lo que pronostica es la ampliación al máximo grado de la posibilidad de elección libre y consciente, que la historia pueda liberarse de la tragedia, del crimen que «ha sido hasta ahora siempre cometido; no nos hemos librado de él». <sup>1</sup> Es necesario dirigirse hacia la multilateralidad de la experiencia humana en todas sus facetas, referirse al vínculo entre vida vivida e historia, a la relación entre lo finito y lo infinito, a la exigencia de libertad que caracteriza a la persona humana, al pleno despliegue de una racionalidad diferente, que emerge del cruce entre sentir y entender.

El pensar zambrano indaga el sentido de las palabras; se aleja de lo ya sabido y de lo ya dicho para hacer emerger lo que las palabras contienen de aun no realizado; practica la atención, el reconocimiento y la aceptación de todos los ámbitos de la realidad. Es un pensar que se enraza en la *luz pura y reveladora*, puesto que la luz, agente de transformación que saca de la oscuridad, es metáfora del renacer mismo de lo humano. La historia de lo transmitido y narrado no es la única; lo es también aquella que es el *lugar* de una verdad muda que escapa de los órdenes discursivos, de los perímetros de la razón, de las estructuras conceptuales y simbólicas en las que estamos inmersos. La historia humana es la historia de una esperanza, de una energía que atraviesa los cuerpos y hace *oír* que existe algo más allá del plano de la fuerza y de la violencia. En su pensamiento emerge una subjetividad que se sirve de aquel sentir receptivo, originario, que hace de la inteligencia algo vivo y vivificante. En el límite último de las contradicciones de la vida, donde emerge el criterio en el cual se funda nuestra visión política, María Zambrano ha trazado un sendero inédito que inaugura un modo nuevo de mirar y de pensar la política.

1. Zambrano, M., *Persona y democracia*, Madrid, Siruela, 1996, pág. 51.

2. *Ibidem*, págs. 42-43.

Está convencida de que la superación del límite trágico de la historia solo será posible en un trayecto capaz de desactivar el mecanismo social de la idolatría. La dimensión histórica de la persona ha sido marcada por la idea de absoluto; si el humanismo occidental reveló que la persona humana es algo original y único, al mismo tiempo puso el mayor obstáculo a su realización: el absolutismo. Persona y democracia podrán, verdaderamente, serlo solo cuando se liberen de la estructura trágica, caracterizada por la presencia de un ídolo y de una víctima, de la pretensión absoluta de ser, del ímpetu del poder que corresponde a la *deificación*, que es el lugar mismo en el que el crimen inicia la historia.

Desde este punto de vista, está claro que hay un objetivo ambicioso en la base de lo que la pensadora entiende como una nueva fundación ético-política, su base filosófica de *persona* y de *democracia*. Este objetivo se concreta también en la recuperación de los momentos de despertar en los que lo humano ha aparecido históricamente en todo su alcance y cuya referencia es su idea de fondo de la historia como «revelación progresiva de lo humano» y el que se abran «vías» que, en el curso del tiempo, han ampliado el horizonte de aquellas posibilidades, fruto de aquellos «instantes de iluminación» que han alimentado y alimentan aún la esperanza en el futuro.

Hay un momento en que la aurora de lo humano parece extenderse y ocupar un vasto horizonte: es el siglo vi antes de Cristo. Budha en India, Lao-Tse en China, los Siete Sabios, y entre ellos Tales de Mileto en Grecia y Pitágoras. Lazo de unión con Egipto y la India. Y no es un Dios propiamente lo que asoma, sino un camino. Hasta en la expresión, Budha llama a su doctrina la «Tercera Vía». Lao-Tse funda el Taoísmo, *tao* significa camino. Y con el planteamiento de Tales de Mileto acerca del «ser de las cosas», se abre la vía, el camino del pensamiento filosófico-científico en consecuencia en Grecia y en el Occidente. Estos caminos, por diferentes que sean, tienen en común el ser caminos abiertos por el hombre en la selva oscura y compacta formada por los dioses, por las cosas de la naturaleza en confusión, y aun en la oscuridad de su propia mente. Es como si se hubiese puesto en marcha.<sup>2</sup>

A la luz de este pasaje no escapa su proximidad con lo que el filósofo alemán Karl Jaspers, más o menos diez años antes que Zambrano, escribía a propósito del «periodo axial de la humanidad». La aspiración a lo incondicional es el corazón de lo que Jaspers identifica en el arco de tiempo que va del 800 al 200 a.C., cuando, de Oriente a Occidente,

[...] se concentran y coinciden multitud de hechos extraordinarios. En China viven Confucio y Lao-Tse, aparecen todas las direcciones de la filosofía china, meditan Mo-Ti, Chuang-Tse, Lie-Tse y otros muchos. En la India surgen los Upanishads, vive Buda, se desarrollan, como en China, todas las posibles tendencias filosóficas, desde el escepticismo al materialismo, la sofística y el nihilismo. En Irán enseña Zarathustra la excitante doctrina que presenta al mundo como el combate entre el

bien y el mal. En Palestina aparecen los profetas, desde Elías, siguiendo por Isaías y Jeremías, hasta el Deuterocanónico. En Grecia encontramos a Homero, los filósofos —Parménides, Heráclito, Platón—, los trágicos, Tucídides, Arquímedes. Todo lo que estos nombres no hacen más que indicar se origina en estos cuantos siglos casi al mismo tiempo en China, en la India, en el Occidente, sin que supieran unos de otros. La novedad de esta época estriba en que en los tres mundos el hombre se eleva a la conciencia de la totalidad del Ser, de sí mismo y de sus límites. Siente la terribilidad del mundo y la propia impotencia. Se formula preguntas radicales. Aspira desde el abismo a la liberación y salvación, y mientras cobra conciencia de sus límites se propone a sí mismo las finalidades más altas. Y, en fin, llega a experimentar lo incondicionado, tanto en la profundidad del propio ser como en la claridad de la trascendencia. [...] En esa época se constituyen las categorías fundamentales con las cuales todavía pensamos, y se inician las religiones mundiales de las cuales todavía viven los hombres. En todos los sentidos se pone el pie en lo universal.<sup>3</sup>

3. Jaspers, K., *Origen y meta de la historia* (1949), traducción al castellano de F. Vela, Madrid, Alianza, 1980, págs. 20-21.

4. Hersch, J., *I diritti umani da un punto di vista filosofico*, edición de F. De Vecchi, Milán, Bruno Mondadori, 2008, pág. 99.

Este fue, por tanto, un periodo importantísimo ya que reveló universalmente el valor esencial y único del ser humano. Figuras ejemplares que aún hoy nos impresionan por su ascetismo, por la capacidad de separarse de sí y por la búsqueda de la perfección fuera de sí mismos. Soledad y libertad representan la sustancia misma de su persona, de ese «quién» imprevisto que se sustrae a la acción uniformadora de la máquina social. También sobre este aspecto María Zambrano es clara: como espacio íntimo, como interioridad impenetrable, la persona es ajena a las convenciones sociales, siempre disconforme con los parámetros estandarizados que hacen de las personas una máscara de sí mismas. El tiempo de la soledad, el disfrutar de un tiempo propio es para ella la base misma de la persona y del pensamiento. Aquí coincidiría con la filósofa ginebrina Jeanne Hersch, cuando recordaba la importancia en un estado democrático «de salvaguardar en torno a cada ciudadano libre *un espacio de libertad* que este pueda colmar como más le plazca de sustancia y de valor».<sup>4</sup> Sin embargo, en el largo y accidentado camino de la historia, sabemos cuán complejo ha resultado salvaguardar este espacio de libertad, esta profunda exigencia que testimonia la *pasión de ser* de lo humano. Y he aquí por qué China, la India, Palestina, Egipto y Grecia, a través de dichas figuras, vehicularon el sentido de una elevación espiritual sin precedentes, proporcionada por una visión de la *perfección* moral interior que llevaba a ir más allá de sí, al desvelamiento de una naturaleza humana *otra* en la identificación en una realidad trascendente. Es, por tanto, mediante la percepción viva de esta infinitud como el ser humano toma conciencia de sus límites, de la universalidad de la que forma parte y de lo que está más allá de él.

Las manifestaciones de lo humano coinciden de forma paradójica con la adhesión a algo *no humano* en sentido estricto. Esta paradoja aparece también en un estudio de Jean-Pierre Vernant cuando, a propósito de la persona en la religión griega, habla del aspecto

5. Vernant, J.-P., *Mito e pensiero presso i Greci. Studi di psicologia storica*, traducción al italiano de M. Romano y B. Bravo, Turín, Einaudi, 2001, pág. 372.

6. Esposito, R., *Terza persona. Politica della vita e filosofia dell'impersonale*, Turín, Einaudi, 2007, pág. 159. (La referencia a Zambrano corresponde a *Persona y democracia*, op. cit., págs. 42-43).

7. *Ibidem*, pág. 19.

8. Zambrano, M., *Persona y democracia*, op. cit., pág. 147.

«impersonal» en el que «el cuerpo no aparece ligado a un yo, no aparece como la encarnación de una persona, sino que, cargado de valores religiosos, expresa determinadas capacidades: belleza, gracia (*cháris*), esplendor, juventud, salud, fuerza, vida, movimiento etc., que pertenecen propiamente a la divinidad y que el cuerpo humano, más que cualquier otro, refleja cuando está iluminado por una luz divina». <sup>5</sup> Abro aquí un breve paréntesis que nos puede ayudar a comprender mejor la posición de María Zambrano sobre el nexo persona-democracia. En un libro que deconstruye desde dentro el dispositivo de la categoría de persona, Roberto Esposito inicia su discurso partiendo de la evidencia y del valor incuestionable de esta categoría en todos los discursos *teóricamente correctos* y escribe: «Hoy no es ni siquiera concebible activar una mirada crítica sobre lo que ya en los años cincuenta María Zambrano definió como “lo más viviente de la vida humana”, el núcleo viviente capaz de atravesar la muerte biológica que al abrirse al futuro se abre a la infinitud». <sup>6</sup> Valiéndose del pensamiento de Gilles Deleuze y de Simone Weil, que había evidenciado el «privilegio» del ser personal frente al ser humano como ser natural, y sirviéndose de la matriz teológico-política en la que esta categoría está inmersa, el filósofo italiano entiende lo impersonal pensado como «el confín móvil, el margen crítico que separa la semántica de la persona de su natural efecto de separación y bloquea su resultado reificante. No es su negación frontal —como podría serlo una filosofía de la antipersona—, sino su alteración, en una extrañeza que anula la causa e invierte el significado dominante». <sup>7</sup> Su análisis muestra cómo la categoría de persona, desasida de la parte animal y corpórea, ha dado vida a una compleja dialéctica de inclusión y exclusión basada en la separación entre *bios* y *zoé*, y, precisamente para superar esta separación, invita a repensarla a la luz del nexo unipersonal y singular que libera la forma polirrítmica de la persona viviente.

Hay que decir que en María Zambrano esta reformulación no solo está presente, sino que además su reflexión se distancia totalmente de la tradición teológico-política: conocía bien los escritos de Simone Weil y me parece bastante significativo que su biografía esté escrita en tercera persona. Para la pensadora, *sentimos* y *conocemos* sobre todo a través del cuerpo y, como escribe precisamente en *Persona y democracia*, «la vida, aun en sentido biológico, es trascendencia». <sup>8</sup> El cuerpo es *physis*, forma elemental de vida de la que siempre somos deudores. Si el cuerpo ha sido excluido por el alto *logos* de la filosofía hasta quedar relegado a la dimensión privada y muda de la existencia, María Zambrano invierte el sentido y muestra el error de esta devaluación, porque es justamente de la naturaleza corpórea, vinculada a la *physis*, y del sentido cósmico y poético de donde emerge el sentir originario del que las categorías de «persona» y «democracia» extraen su sentido más profundo.

Con una mirada más que crítica, sabe bien que, aunque la forma de vida democrática desde sus primeros albores se desarrolló en un

espacio público que en cualquier caso era privilegio de unos pocos habitar, hoy de lo que se trata es de ampliar la forma de vida democrática a los excluidos de la historia, porque «la historia feliz acaba con la irrupción de esas gentes, de esas masas, que habían padecido la historia sin actuar en ella, sin ser sus protagonistas».<sup>9</sup>

9. *Ibidem*, pág. 54.

10. *Ibidem*, pág. 19.

11. *Ibidem*, pág. 83.

Solamente si se asume esta consciencia se brinda la posibilidad de establecer las bases de un cambio verdadero de la historia humana y de una participación real que pueda convertir a la humanidad entera en protagonista de su historia<sup>10</sup>. Pero para entrar plenamente en la historia es necesario sentirse, más que partícipe, responsable. La conciencia histórica y moral nos lleva a liberarnos de las falsedades, de los prejuicios, de todo lo que asumimos sin una criba personal y consciente, para conducirnos a la raíz de una nueva palabra sobre nosotros mismos y sobre las cosas del mundo. El trabajo de la conciencia consiste en poner al descubierto. Hace emerger lo que es verdaderamente esencial e irrenunciable gracias a la liberación de todas las mentiras, de los falsos apegos, de las autoridades arbitrarias y de todos aquellos prejuicios que comportan una ordenación totalitaria del pensamiento. Se trata, en el fondo, de terminar definitivamente con la idea de una subjetividad autorreferencial y desencarnada, en la que la razón, para traducirse y coincidir con la libertad en el pleno despliegue de la *racionalidad* humana, acaba con toda sombra de pasión, de incertidumbre, de fracaso, de dependencia. Y se trata también de entender en profundidad que solo en el nexo entre persona y democracia es posible discutir las tendencias destructivas e irracionales que hacen de la historia humana el lugar de la tragedia. «En consecuencia —escribe María Zambrano— solo se vivirá moralmente cuando se haya vencido esta tendencia espontánea a la destrucción».<sup>11</sup> Volver nuevamente a repensar la subjetividad, reconocer la identidad creativa, dinámica y fluida que, más que a la racionalidad, se entrega a la imaginación producida por cuerpos vulnerables y vivos. Plantear una dignidad sin distinciones, una dignidad que no se basa en la razón como valor absoluto, ni sobre lo que da cualquier privilegio social.

Solo a través del amor a nosotros mismos, a la pluralidad y a las cosas del mundo es posible un nuevo renacer de la política que sepa tener en cuenta la convivencia humana, que se caracteriza por la libertad y la *unicidad*. Puesto que en el centro de todo están las vidas concretas de los hombres y las mujeres que buscan un punto de mediación y de equilibrio entre lo que ya está determinado y lo que no lo está, entre lo que ha sido y lo que será, entre la nostalgia de lo que no es aún y la esperanza de lo que podría ser. Solo en una reconciliación con la corriente incesante del tiempo, conciliando la confianza en lo que es transitorio y relativo, solo en la renuncia a la soberanía de la razón entendida como fortaleza que se erige frente a las continuas metamorfosis de lo que está vivo y es inaprehensible, la democracia podrá de verdad afirmarse. Y, además, solo dando un paso atrás, aceptando el sentido más profundo de la

12. Pétrement, S., *La vie de Simone Weil*, 2 vols., París, Fayard, 1998, vol. I, pág. 79.

transitoriedad de la vida humana y recordando todas esas narraciones que hablan de todos los que han amado y obrado por un sentimiento de justicia y de libertad, la democracia habrá realmente arraigado en el mundo.

La invitación de Zambrano es a ir a las raíces del desequilibrio y modificar nuestra relación con la realidad a la luz de esta conciencia. Dado que la historia sacrificial contiene en sí la esperanza de poder dar comienzo a algo mejor para la vida humana, lleva consigo lo que permite el pasaje a una historia ética. No se trata de escoger entre razón e intuición, entre inmovilidad y dinamismo, entre luz y oscuridad, entre sentimiento y razón, sino de integrar las múltiples dimensiones en las que lo humano tiene su origen. María Zambrano evidencia que haber hecho de la razón la única guía para la acción ha comportado el descrédito de la *polirritmicidad* del ser humano.

El pueblo siempre ha tenido que ver con la sabiduría más que con el saber. El horizonte cada vez más estrecho de la política y el agotamiento cada vez más rápido de la fuente de la historia le hacen entender que aquí no se puede confiar ya en medidas inadecuadas, porque en ello se juega, orteguianamente, la salvación o el naufragio. Es una intuición profética si la leemos hasta el fondo de nuestro presente, corrompido hasta las raíces de la naturaleza y de la vida civil. Y se trata también de mantener los ojos abiertos a los horrores vividos y conocer la profundidad de sus raíces. El nuevo horizonte que se abre se entrelaza así con la recuperación de esta dimensión sacra, relacional, afectiva, emotiva, con la capacidad de aceptar la parcialidad propia y la de los demás, la propia dependencia y la de los demás. Dimensiones, estas, que rompen definitivamente con esa tradición de matriz liberal-moderna en la que el individuo se piensa en su autonomía y autosuficiencia.

En la literatura, en la filosofía y en la poesía del siglo xx, las mujeres no dejan de sobresalir en un saber diferente de la política. El vocabulario cambia; los gestos y las representaciones ya no son los mismos cuando las mujeres toman la palabra, escriben y difunden lo que piensan. Me ha impresionado siempre lo que escribe la biógrafa de Simone Weil, Simone Pétrement, cuando cuenta cómo su maestro común, Alain (pseudónimo de Émile-Auguste Chartier), «escogía, durante sus cursos, leer junto con el filósofo que se estuviera estudiando, la obra de un poeta, un novelista o un ensayista». <sup>12</sup> He aquí, me parece, un método óptimo que debería seguirse siempre en las escuelas y en las universidades. Si tuviese que aplicarlo a la lectura de *Persona y democracia* de Zambrano, lo acercaría a aquella obra maestra única de Virginia Woolf que es *Las olas*. En la introducción a la edición italiana, Nadia Fusini escribe:

«¿Qué es? ¿Qué es lo que está inmóvil?», se pregunta Virginia Woolf en la novela que dedica al movimiento perpetuo por excelencia, el de las olas. [...] La ola que Virginia Woolf sigue en la novela para describirla

en movimiento, hasta reflejar en ella el movimiento mismo de su propia escritura, estalla en las costas y en distintos elementos; bate sobre la roca de la lengua, que la escritora vuelve fluida, envolvente, poética. Rompe contra sensaciones difíciles de transportar de su acaecer interior hasta la exterioridad de la frase completa. Se rompe contra el incoherente cúmulo a la deriva de detritos de pensamientos que llegan de tan lejos que no se aplacan en ordenadas arquitecturas lingüísticas. Y aun así, la escritora no puede no querer la forma, y la busca y la alcanza según una cadencia que es rítmica.<sup>13</sup>

13. «Introducción» de Nadia Fusini a Woolf, V., *Le onde*, Turín, Einaudi, 2002, pág. 13.

14. Zambrano, M., *Persona y democracia*, *op. cit.*, pág. 134.

Como para María Zambrano, también para Virginia Woolf hay una diferencia importante entre la construcción de arquitecturas y la ejecución de sinfonías. No es fácil pasar de una escritura que cristaliza en la frase completa y fija el devenir a la que se mantiene cerca del movimiento vital, en la continua transformación de la vida —la ola que va y viene—, y trata de restituirlo para lo que es. Y sin embargo, tal esfuerzo es necesario para no recaer en el error de pensar la persona y la democracia como algo estático, en lugar de pensarlo en su incesante movimiento: «A medida que la mirada humana vaya corrigiendo su estatismo, o sea, el fijar las cosas al mirirlas, se irán deshaciendo antagonismos que aparecían radicales, y son solamente conflictos de nacimiento: de ese nacimiento continuo que es la historia humana».<sup>14</sup> María Zambrano critica, sin medias tintas, la soberbia y la ambigüedad con las que con demasiada facilidad nos cerramos al movimiento incesante de los conceptos y de la realidad, del libre fluir de las intuiciones y de sus objetivaciones, que se encuentran en la lengua del pueblo, en la vida de los individuos y en las entrañas de la historia. Toda transformación requiere por tanto un esfuerzo, y lo requiere, todavía más, cuando se trata de imprimirle un orden a categorías en perpetuo movimiento, como las de «persona» y «democracia».

También la cadencia rítmica buscada por Virginia Woolf está dentro del flujo de la realidad y da cuenta del *esfuerzo* que se ha de hacer para mantenerse en el movimiento del pensamiento. Su escritura nace de *olas* de pensamiento vital atravesadas por guerras que han producido millones de muertos y que supo desesperadamente hacerse lengua en la articulación de la realidad para la que es, incluso al precio de un extrañamiento irremediable. Un lúcido «extrañamiento» que le ha permitido ver todo lo que ha estado siempre doblegado y excluido de la historia. María Zambrano estuvo atravesada por el exilio, por el horror de la guerra civil, por la deriva de irracionalidad vivida en primera persona. Ambas comprenden que la política expresada solo por el poder esconde la negación de las mujeres y de las minorías como sujetos mudos de la historia, que, sin embargo, en el cambio de época abierto por el siglo xx han sabido dar cuerpo a afinidades, a importantes relaciones, a formas de autorrepresentación, ya nunca más confinadas en la oscuridad de las casas sino en el espacio abierto y visible de la ciudad, hasta formar comunidades capaces de activar «cambios evolutivos» en las vidas

15. Putino, A., *Amiche mie isteriche*, Nápoles, Cronopio, 2018, págs. 21-22.

individuales y colectivas. Pensando sobre estos cambios evolutivos que han inaugurado el inicio del siglo xx en una rapidísima transformación de las formas de vida y sobre la percepción que tuvo de ello Virginia Woolf, la filósofa italiana Angela Putino escribe que

[...] aquella fue, ciertamente, la primera emoción de la diferencia. Era como el deshielo: todo corría y cambiaba; así, Orlando se deslizaba entre las épocas, entre los sexos, entre las guerras, envuelto en un cambio. Nada es ya lo mismo, nada es ya uno mismo. Efervescencia de una evolución que lo arrastra todo, evolución ante los ojos de todos: cambio repentino de hábitos, sorprendentes reuniones con mujeres en cualquier lugar de trabajo, inusitadas transformaciones de los tiempos cotidianos. Vidas al descubierto, en el espacio exterior, tomadas en los ambientes más diversos, enjambre inquieto que empieza a modificarse.<sup>15</sup>

Se rompen las cadenas de soledades forzadas y largos silencios. Hablar de este paso, reconocer en la democracia y en la persona la cualidad emancipadora que hace avanzar lo mejor de lo que lo humano guarda en sí mismo, es hablar de una historia de los procesos culturales y ambientales cuya raíz cambia continuamente de dirección y de profundidad. Significa oponerse a la neutralización de vidas, cuerpos y pensamientos; es libertad creativa, capaz de estar en el mundo en sus diferencias. Dar relevancia al pensamiento de las mujeres y, en este caso, de María Zambrano equivale a sugerir una palanca, a no silenciar una revolución cultural y política inédita en la historia de la humanidad. Quiere decir reconocer la libertad como energía dependiente e independiente del mundo y reintegrar lo que es marginal, periférico, residual, para que ese nexo entre «persona» y «democracia» pueda verdaderamente generar una historia diferente, una historia ética.

(Traducción de M.<sup>a</sup> Elisa Varela-Rodríguez)